

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario (19-11-23)

VII Jornada Mundial de los Pobres

Homilía del arzobispo de Lima, Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En esta penúltima “Doménica” o Domingo del Tiempo Ordinario en que hemos gozado y saboreado el Evangelio de Mateo, las últimas lecturas del año se refieren a este tiempo que proyecta el Señor hacia el futuro cuando Él venga. Y, los últimos evangelios nos están diciendo eso: que el Señor viene y hay que estar preparados, hay que estar vigilantes. Como hoy día, también, uno de los motivos de la Misa es estar vigilantes para cuidar que no haya más accidentes; así como estar vigilantes para que toda la gente, todos los pobres del mundo, tengan que comer en esta crisis alimentaria que empezamos a vivir en este último tiempo.

Por eso, hoy en día, el Señor, en las lecturas, nos hace referencias a esta expectativa y a esta preparación (como ya el domingo pasado lo vimos con las vírgenes prudentes y las vírgenes necias).

Ahora, el Señor dice que el Reino de los Cielos se parece a un hombre que se fue de viaje y dejó a sus empleados, a sus siervos, les dejó varias cantidades de dinero. Al parecer, era para que ese dinero lo trabajaran durante ese tiempo y así cada uno pudiera invertir, ganar algo y devolvérselo luego. En esa época solamente se permitía hacer negocios a las personas que tenían mucho dinero, y como estos siervos suyos eran

conocidos de él, el hombre decidió hacerles esta especie de préstamo.

La cuestión es que se nos ponen dos ejemplos en donde los siervos, los empleados, hacen producir ese dinero a través de inversiones, y hay uno que mete el dinero en el hoyo, lo esconde. Y cuando el patrón le pide cuentas, el siervo le dice que lo hizo porque tenía miedo, le tenía miedo. Y, entonces, aquí hay una cosa muy seria.

El Señor se está refiriendo, en esta parábola, a todo lo que Él nos da: nos da su amor, nos da la vida, nos da la posibilidad de que, en la vida, podamos crecer y desarrollarnos. Y a cada uno le da su propio talento. Le llamamos “talento” no solamente al dinero que, en este caso, era una moneda; sino le llamamos “talento” a las habilidades, las pericias, las destrezas que cada uno tiene, las cualidades de cada persona (porque todos somos diferentes). Sería aburridísimo que todos fuéramos exactamente iguales; somos iguales en cuanto a personas humanas, pero somos diferentes en cuanto a las vocaciones.

Lo más importante es que todos y cada uno hemos sido creados con una vocación común de ser hermanos, hijos del mismo Padre, y una vocación específica que es aquello que es propio de cada uno. Esto lo digo, sobre todo, por los confirmas: ustedes van a hacer su Confirmación ahora, y lo más importante de una confirmación es que cada uno haya madurado para hacer en la vida aquello que le nace y le ha sido dado por Dios para que lo cultive y aporte a los demás.

No podemos nosotros nunca situarnos en una realidad sin decir: “yo siento que en mi vida siempre ha valido este aspecto”, “yo era para cantar”, “yo era para trabajar”, “yo era para hacer cálculos”, “yo era para construir casas”, “yo era para barrer”...

Cada uno tiene una inclinación que le viene de lo más hondo del ser. Por eso somos todos distintos, Dios no nos ha creado en serie, no somos robots. Dios nos ha creado a cada uno con una identidad que es necesario descubrir y comprender, cultivar y servir.

Y el asunto es si es que, por miedo, nosotros no desarrollamos nuestros talentos porque nos van a pedir cuentas y especulamos qué va a pasar y, entonces, mejor me lo guardo y nadie se entera de que tengo capacidad para secretaria, o qué sé yo, que nadie se entere de que yo soy para médico. Al guardármelo, entonces, no lo puedo compartir ni desarrollar porque lo anulo, o sea, es algo así como una especie de suicidio.

Cuando uno no desarrolla aquello que siente de lo más profundo de su ser; es más, cuando, a veces, se le sustituye por algo que es pura apariencia, como pasa ahora que, para ganar plata, se necesita ser corredor de bolsa, pero resulta que yo soy una inutilidad como corredor de bolsa porque no entiendo “ni michi”, ni nada de eso. Esas cosas de sustituir o de esconder o de apretujar el valor que uno tiene, es una falta de realismo y de respeto por lo que Dios nos ha dado.

Y esta palabra que ha aparecido en la primera parte y hemos cantado en el Salmo 127: *“Dichoso el que teme al Señor”*. Este temor no es lo mismo que el miedo. El miedo es destructivo, porque se piensa que, como Dios es muy exigente y nos ha dado todo, entonces, debemos corresponder a esa alta exigencia y, por lo tanto, tengo miedo y mejor me lo guardo. Decir que el Señor es considerado “terror” o infunde miedo cuando Él nos ha dado todo. Considerarlo así es insultar al Señor. Y esa es una de las imágenes más terribles que hemos tenido en la Biblia. También en la Biblia está que Dios es amor y es “terror”, porque hemos hecho ingresar, en el texto bíblico, las cosas y

costumbres que, en el pasado, han tenido muchas personas... ¡y hasta ahora las tenemos!

Hasta ahora le decimos a nuestros hijos: “Pórtate bien porque si no el Señor te va a castigar y te va a meter al infierno”. Por favor, no insultemos al Señor. El Señor es justo y debemos formarnos todos en el respeto a lo que Dios nos dio a Él, a Jesús, que nos ama. Él es nuestro Padre y, por lo tanto, no nos puede expulsar a la destrucción. Lo que pasa es que nosotros nos auto-condenamos cuando escondemos las cosas; nosotros nos “suicidamos”, ése es el problema. Y eso, evidentemente, no lo quiere Dios; Dios quiere nuestra promoción humana, y para eso no hay que buscarla denodadamente como locos, sino cultivarla. Y este cultivo requiere que lo vayamos haciendo entre todos, ayudándonos mutuamente a reconocer los dones que tenemos y a que todo florezca.

Y esos son los problemas que tenemos en la vida actual: que se han creado condiciones en donde no promovemos todos los valores, las capacidades, las inclinaciones, las cosas lindas que cada uno tiene, que cada cultura tiene. No es posible que nos estemos matando porque tú eres musulmán y yo soy judío, o porque tú eres católico y yo soy protestante. ¡No es posible!

Es verdad que tenemos formas de vivir la fe o de vivir de una manera o ser pueblos distintos, pero cada uno tiene algo muy positivo que aportar para la vida de todo el mundo. Y la Iglesia no se va a cansar de decir lo que esta mañana el Papa ha dicho: “La paz es posible siempre”. Y, por lo tanto, renunciemos a las armas. Es posible que nosotros consideremos que cada uno tiene un valor y que el mío debe ser respetado tanto como el tuyo. Y, por lo tanto, empezar a entendernos y a desistir de las cosas que, evidentemente, pueden ser diferentes, pero que algunas partes son ambiciones que no son una vocación. La

ambición no es vocación, la ambición es la distorsión de la vocación.

Por eso, hermanos y hermanas, el Señor nos invita hoy día a darnos cuenta finalmente de la presencia de Él, y a esperar que en cualquier momento Él llegue, estando preparados, cultivando lo que tenemos y sirviendo con ello a todas las posibilidades magníficas que existen hoy día en el mundo para servir. Y, en ese sentido, quisiera decirles que cultivemos este sentido del temor.

Ustedes saben la diferencia entre temor y miedo porque lo hemos dicho, pero voy a ser un poquito más claro. Cuando tenemos que decirle a alguien algo que es muy fuerte, a veces, podemos gritarlo, y eso no está bien, pero podemos nosotros acercarnos y decirle: “temo herirte, pero tengo que decírtelo”. Y esa es una cosa muy común entre nosotros: “temo que vayas a pensar que estoy haciéndote daño, pero creo que debo decírtelo porque te hace bien” (puede ser una cosa que esté mal, una cosa que esté bien). Y, a veces, es al revés, a veces, es una persona que se desvalora, y uno le dice: “temo herirte, pero tengo que decirte: valórate más, porque tú vales mucho”. Son palabras de aliento en el fondo que todos sabemos decirnos, pero, muchas veces, hemos cambiado la palabra “temor”, “temor de Dios”, por “terror de Dios”, que es otra cosa. Eso es lo que tenía este señor que le habían dado poco, pero tampoco tan poco, porque era algo así como siete mil dólares. Y, desgraciadamente, este señor no trabajó lo que debía.

Vamos, entonces, juntos a ayudarnos en este camino, hermanos. Y quisiera terminar con estas palabras del Santo Padre porque, siendo hoy día la Jornada de los Pobres que él creó, ha hecho una Homilía. Y nos dice unas palabras lindas que nos van a ayudar muchísimo:

“¿Qué hago con un don tan grande a lo largo del viaje de mi vida? La parábola nos dice que los primeros dos servidores multiplicaron el don recibido, mientras el tercero, más que fiarse de su señor, que se lo había entregado, le tuvo miedo y permaneció como paralizado, no arriesgó, no se involucró, y terminó por enterrar el talento.

Y dice el Santo Padre:

“Y esto vale también para nosotros, podemos multiplicar lo que hemos recibido, haciendo de nuestra vida una ofrenda de amor para los demás, o podemos vivir bloqueados por una falsa imagen de Dios y, a causa del miedo, esconder bajo tierra el tesoro que hemos recibido, pensando sólo en nosotros mismos, sin apasionarnos más que por nuestras propias conveniencias e intereses, sin comprometernos”.

Y termina con esta pregunta que va para todos:

“¿Me atrevo a arriesgar en mi vida? ¿Con la fuerza de mi fe, me arriesgo? Yo, como cristiana, como cristiano, ¿sé arriesgarme o me refugio en mí mismo por miedo o por cobardía?”

Por eso, tengamos en cuenta estas palabras. Vayámonos con esta preguntita: ¿Estoy dispuesto a arriesgar? ¿Sé arriesgar lo que tengo?, es decir, ¿Sé crecer en lo que Dios me ha dado y compartirlo, sobre todo, con los que más sufren y necesitan?

Hermanos y hermanas, seamos solidarios. Y hoy que celebramos el Día Mundial en Recuerdo de las Víctimas de Accidentes de Tráfico, respetemos profundamente a las personas que caminan en la calle, a las personas que van en los automóviles. ¿Por qué? Porque falta de noción de respeto. Yo cuando tengo el poder de un carro o de un bus, creo que solo

existo yo. Y un bus, un carro, un automóvil, un vehículo, es para servir y, por lo tanto, para saber manejar sabiamente y respetar y evitar este número de muertes que es el más alto en el mundo de personas que mueren por accidentes de tránsito.

Que Dios nos ayude en este camino y todos nos ayudemos a desarrollar las vocaciones, que eso hace posible que la vida de la humanidad continúe y sea feliz y desemboque, finalmente, en el pleno Reino de Dios que nos tiene prometido.

Amén